

Pulido García, David Antonio. *En el trance más oscuro de la historia. Los estudiantes ante la primera Guerra Mundial (México y Argentina, 1908-1918)*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2024, 496 pp.

Romain Robinet
Université d'Angers, Francia

Siguiendo la estela historiográfica de una serie de trabajos sobre América Latina y la Gran Guerra (1914-1918) —como los de Friedrich Katz, 1981, Esperanza Durán, 1985, Olivier Compagnon, 2013, María Inés Tato, 2017—, el libro de David Antonio Pulido García subraya, una vez más, hasta qué punto el primer conflicto mundial afectó profundamente al continente y a sus élites intelectuales. La originalidad del libro es triple: por un lado, el autor amplía la cronología al periodo 1908-1918 para abarcar, en un medio plazo, las corrientes entrelazadas del americanismo, el arielismo, el juvenilismo y el antiimperialismo (corrientes que la juventud intelectual hizo suyas durante el Primer Congreso de Estudiantes Americanos, reunido en Montevideo en 1908); por otra parte, el libro compara dos casos en parte “conectados”, el México revolucionario y la Argentina anterior a la Reforma Universitaria, dos países partidarios de la coalición de los neutrales durante la Primera Guerra Mundial; por último, el análisis se centra en los estudiantes de estos dos espacios y, más concretamente, en sus representantes, sus movimientos, sus organizaciones y sus revistas. De ese modo, el libro de Pulido García se inscribe en una historiografía reciente que ha reflexionado sobre las movilizaciones estudiantiles “a distancia” y las relaciones internacionales de la juventud latinoamericana, interesándose especialmente por el giro generacional que supuso la Gran Guerra (entre ellos, Natalia Bustelo, 2015, Romain Robinet, 2015). La obra recurre a los métodos de la historia cultural y considera acertadamente, desde la introducción que “el estudiante de principios del siglo pasado debe ser historiado como un tipo específico de intelectual” (p. 35).

El prefacio del libro contextualiza el momento intelectual anterior a 1914, mostrando la profunda imbricación entre el juvenilismo, el americanismo, el modernismo y la latinidad: estos planteamientos parecían casi consustanciales en los escritos del nicaragüense Rubén Darío, del uruguayo José Enrique Rodó y del argentino Manuel Ugarte. Pulido García destaca, de manera reveladora, que Rodó asociaba la juventud estudiantil con una forma de aristocracia heroica, antípoda de la igualdad democrática, lo que dice mucho sobre la forma en que los estudiantes, lectores fanáticos de Rodó, podían representarse a sí mismos.

El primer capítulo muestra a continuación cómo los representantes estudiantiles lograron monopolizar la categoría “juventud” para legitimar su papel sociopolítico. La apropiación de este concepto les permitía ocultar la “irresolución ideológica” de su grupo social, en plena expansión en aquel entonces (p. 85). El análisis del Primer Congreso de Estudiantes Americanos (1908) da lugar a sugestivas reflexiones, en particular acerca de una lucha entre edades, visible en el discurso de los congresistas de Montevideo, los cuales se identificaban con las gloriosas figuras de las independencias del continente para hacer tabla rasa de la obra generacional de sus padres. El autor pone de relieve que la voluntad de deshacerse de la tutela de Europa se manifestó incluso antes del estallido de la guerra, durante el III Congreso Internacional de Estudiantes Americanos, reunido en

Lima en 1912: Aníbal Mattos, delegado brasileño, instó entonces a sus homólogos a “libertarnos de las influencias, dudas y prejuicios [...] de la vieja Europa” (p. 102). Basándose en trabajos anteriores (Pablo Yankelevich), el primer capítulo recuerda finalmente la poderosa conexión geopolítica entre los estudiantes del continente y el viajero antiimperialista Manuel Ugarte, tanto en Argentina como en México, así como el prestigio de José Ingenieros entre la juventud de aquel entonces.

El segundo capítulo aborda el caso mexicano entre 1914 y 1916. De manera documentada, la obra examina el neutralismo de la “Revolución constitucionalista” en el contexto de la Gran Guerra. El principal aporte de este capítulo es el análisis de los vínculos entre el diario *Acción Mundial*, dirigido por el famoso “doctor Atl” (el pintor francófilo Gerardo Murillo), y el movimiento estudiantil, cuya primera encarnación real resultó ser el Congreso Local Estudiantil del Distrito Federal (CLEDF). Propagada por *Acción Mundial* y retomada por el fundador del CLEDF (Jorge Prieto Laurens), la doble temática de la “América Indolatina” y de la “América Latina”, ligada en realidad a una latinidad francófila, es objeto de reflexiones particularmente finas.

Siguiendo un enfoque comparatista, el tercer capítulo analiza “el discurso aliadófilo y el movimiento estudiantil argentino (1914-1916)”. Una vez más, la Primera Guerra Mundial se considera, no como el “detonante” del americanismo, sino como un acontecimiento que lo confirma. A diferencia del espacio público mexicano, asociado a una forma de neutralidad (favorecida gracias a la oposición entre *El Universal* pro-Entente y *El Demócrata* germanófilo), “la retórica argentina durante la guerra europea fue mayoritariamente francófila” (p. 203). Durante el periodo analizado, Manuel Ugarte y su antiimperialismo latinoamericanista fueron tachados de “desviacionismo nacional-burgués” por el Partido Socialista Argentino, que aún creía en la tesis (proestadounidense) de Juan B. Justo sobre el “imperialismo civilizador”. El aislamiento de Ugarte explica la escasa influencia de su Comité Pro México y de la Asociación Latinoamericana, que sin embargo contribuyeron a la politización de toda una serie de dirigentes que posteriormente se convirtieron en reformistas (Enrique y Osvaldo Loudet, Deodoro Roca) – pero sin que se tratara de un “germen del movimiento de Reforma Universitaria”, como advierte Pulido García (p. 211).

El tercer capítulo también revisa la famosa encuesta de *Nosotros*, subrayando que esta primera fase de la guerra vio en Argentina el surgimiento de un “americanismo aliadófilo”, distinto del latinoamericanismo de Ugarte. En este sentido, Pulido García se opone a la interpretación de María Inés Tato, que considera que la guerra actualizó las posiciones de Ugarte. Según Pulido García, aquel “americanismo aliadófilo” era mayoritario entre los intelectuales y los estudiantes. De manera inevitable, la guerra de ideas se trasladó a las universidades. Asociada al absolutismo, al militarismo y al determinismo científico, la Universidad alemana, según Almafuerte, constituía el mal absoluto. Este tipo de discurso fue retomado, en particular, por el futuro reformista Deodoro Roca, quien pudo declarar así en 1915, en Córdoba: “Acuso especialmente a Alemania de haber contribuido a matar la imaginación en las ciencias (...)” (p. 234). La aliadofilia conducía por ende a un americanismo mesiánico (“En adelante, todo ha de gravitar sobre América”, citado p. 238).

El cuarto capítulo vuelve al caso mexicano para abordar el periodo 1917-1918, detallando en primer lugar el segundo viaje de Manuel Ugarte a México y describiendo el movimiento estudiantil pro-neutralidad de 1917, dos elementos ya bien estudiados por la historiografía. Una de las aportaciones significativas del capítulo es rastrear la interconexión entre la diplomacia revolucionaria de Venustiano Carranza (el proyecto del “Congreso de Neutrales”) y las relaciones internacionales que los estudiantes mexicanos intentaban establecer, en particular durante el viaje de Enrique Soto Peimbert y Adolfo Desentis en Chile, Argentina y Brasil.

El quinto y último capítulo, se propone demostrar la “continuidad ideológica y programática entre las movilizaciones rupturistas y la Reforma Universitaria”. La trinchera austral se encontraba entonces dividida entre los “rupturistas” del Comité Nacional de la Juventud (que abogaban por la ruptura de relaciones con el Imperio alemán) y la Liga Patriótica Argentina Pro Neutralidad. Pulido García pone énfasis en la militancia rupturista de varios estudiantes (Luis Sommariva, Arnaldo Orfila Reynal), apoyados en su lucha por intelectuales reconocidos como Leopoldo Lugones y Alfredo Palacios. El capítulo resalta que Deodoro Roca, autor del famoso “Manifiesto Liminar”, era un ferviente rupturista.

Sin restar importancia a la relevancia del libro, es posible formular una serie de críticas. Considerar a los estudiantes de los años 1900 y 1910 como intelectuales específicos puede resultar en parte problemático para ciertos sectores subalternos del mundo estudiantil. Los estudiantes aquí analizados son sobre todo estudiantes “universitarios” y habría sin duda que entrar con más detalle en las subcategorías propias del mundo estudiantil. En este sentido, sería interesante saber más sobre los estudiantes más jóvenes así como sobre las estudiantes, sobre los estudiantes de las escuelas técnicas, los de las escuelas privadas (en gran parte, católicas) y, por último, los de los colegios o liceos vinculados a las potencias beligerantes como Francia y Alemania. Los archivos de estos países podrían ser útiles para documentar este aspecto. Tal vez habría que profundizar en la “sentimentalización” adolescente de la guerra, siguiendo la fórmula de *Caras y Caretas* en diciembre de 1914 (“es para estos chicos un asunto sentimental”). Otra forma de completar el panorama podría consistir en indagar sobre las relaciones internacionales entre los estudiantes de América Latina y los de Europa (la “Belle époque” se caracterizó por el nacimiento de la Federación Internacional de Estudiantes, más conocida como “Corda Fratres”).

Asimismo, sería valioso cuestionar más la importancia del discurso evolucionista y racial de los estudiantes (los términos “evolución” y “raza” aparecen con mucha frecuencia en las fuentes primarias citadas por el autor y tenían implicaciones biológicas): la guerra fue mundial y sería fructífero conocer la visión de los estudiantes o intelectuales latinoamericanos sobre el carácter colonial e imperial de este conflicto, ya que la globalización de la contienda resultó ser obra de los imperios coloniales como Reino Unido o Francia. Se podría señalar una carencia similar en lo que concierne la Rusia zarista y bolchevique. Más allá de estas observaciones y comentarios, la obra *En el trance más oscuro de la historia* constituye sin lugar a dudas una estimable y documentada contribución a la historiografía de los movimientos estudiantiles y la Gran Guerra en América Latina.

En resumen, el libro de Pulido García sistematiza con habilidad una reflexión historiográfica y demuestra con fuerza que la Gran Guerra “fungió como el principal catalizador de las energías políticas del estudiantado latinoamericano”, conduciéndolo hacia nuevas movilizaciones – al igual que la guerra de Vietnam para la “generación del 68”. Esta obra nos invita, por ende, a explorar las movilizaciones “a distancia” de los estudiantes latinoamericanos y a reexaminar el primer siglo xx a la luz de estas preguntas.